

Opino con el profesor Dorado-Montero, más conocido en el extranjero que aquí, como ilustre tratadista y entero carácter—no motivando la amistad mi cita—que ha llegado el tiempo de «substituir» la responsabilidad «personal y subjetiva» con la «colectiva y objetiva», aun cuando volvamos en algún modo á épocas de antiguas legislaciones nórdicas, contra el *jus* y la *lex* del romanismo arcaico.

La colectividad social no puede consentir que las sub-entidades, ahora asociaciones aisladas ó en concierto—*trust*—negocien prescindiendo de la «salud pública», unas sin garantizar la del operario, otras destruyendo la del consumidor, siempre á sabiendas, y á menudo sobre seguro.

El Estado, persona social cada hora menos necesitada de abstracciones metafísicas, empieza á cuidar de la «tutela sanitaria» por «economía» del ciudadano aislado, en relación con el daño profesionalmente existente para cada ocupación, oficio, cargo, y también garantizando la vida de todos contra las malas artes de falsificadores, con ó sin títulos académicos, pero contribuyentes industriales del erario.

A nuevos ideales, nuevas necesidades económico-políticas.

La persona social del obrero con «derecho á indemnización» por enfermedad «adquirida como instrumento productor asalariado», no es un caso excepcional, fortuito, que comprende miles de vidas en peligro, sino una parte secundaria de la totalidad del «profesionalismo» que la Patología integra, y cuyo primer capítulo es el referente á la intoxicación de la masa obrera.

Fuera irracional asimilar el *casus* con el *factum* en la alta concepción ético-jurídica, y en consecuencia confundir el siniestro fortuito, imprevisto y el daño ineludible, calculado que en el lenguaje usual entre juristas se denominan hechos de causalidad *transeunte* y *permanente*.

La tutela de la sanidad varía en relación con las condiciones de la producción de los artefactos, y antes que el «indemnizar» por accidentes del trabajo peligroso, está el «prohibir» la fabricación de venenos suprimibles, y la prohibición de las costumbres referente á falsificaciones tóxicas.

La ignorancia, la imprudencia, la temeridad, el desuido del operario, como «circunstancias» del enfermar son propias de lo «eventual»; y por esto se indemnizan los bien llamados «accidentes» del trabajo, por la «curabili-

dad» del padecimiento y la «involuntariedad» del homicidio.

La punctura, el corte, el desgarro, la contusión, son apreciadas como causalidad de «impotencia» breve, larga ó perpetua, para seguir trabajando como antes, ó produciendo «invalidéz» completa é incurable del mecánicamente lesionado sin *culpa* ni *dolo* ajenos.

La enfermedad química directa é inevitablemente contraída en la mina ó fábrica, etc., podrá ser indemnizada sólo en algunas condiciones, de adquirirla por grados con lentitud de meses y años; pero adviértase que las industrias venenosas «inutilizan» al obrero «muy pronto», y le obligan á dejarlas por otras compatibles con el estado morbosó artificial de su respiración, nutrición, circulación, visión.

El achaque forzoso del oficio, «irresistible» en cualquiera edad y no importa el sexo, es muy otro que la «incapacidad» indefinida antes de producirse.

El que se hiere con un instrumento de acero enferma por casualidad; el que respira polvillo de acero no puede evitar la entrada del veneno en el pulmón con máscaras, ni ventíleo, ni precauciones análogas.

La Ciencia médica califica los estados morbosos en cuanto á sus causas y efectos «obje-

tivados», prescinde de abstracciones metafísicas, y al fundar la Antroposociología sobre bases racionales se atiene á los «hechos», prescinde de «convencionalismos» y plantea los problemas sanitarios tan escuetos como son, dando á cada cosa su nombre y á los actos humanos la categoría que por su naturaleza merecen.

Las enfermedades tóxicas — aparte el suicidio — obligan á crear sin dilación un «nuevo» estado de Derecho tan vasto y completo como convenga á la conservación de la vida colectiva, sobre todo en cuanto las «obligaciones» del trabajo la amenazan directamente, no por mera contingencia, sino por continuidad de acción molecular externa, siempre y en todos los operarios deletérea.

El principio de la «indemnización» aplicado á las enfermedades profesionales es «insuficiente» á todas luces, porque no se refiere para nada á la «evitabilidad» del daño, sanciona la «tolerancia» de éste y reduce á casi-contrato la «producción» de venenos á «expensas» de la sanidad obrera.

Lo anti-social en un individuo ha de serlo mucho más en las agrupaciones; y si la moralidad debe subordinarse siempre á la economía del civilismo en totalidad de ideales y actos

conscientes, la doctrina del contrato «no es aplicable» á la compra-venta de trabajadores, cuando el veneno figura como materia de producción, ni tampoco en caso de ser inevitable la enfermedad crónica estrictamente adquirida por causa profesional—polvillos, gases irrespirables, atmósferas hipertérmicas, etc.

El Socialismo, primero de Cátedra, luego de profesión obrera, empieza, ha un tercio de siglo, á influir en la opinión pública ilustrada, pero con una lentitud desesperante para todo cuanto tiene urgencia de fenómeno vital sanitario, y con más motivo tratándose de venenos activísimos, en su gran mayoría manipulados por operarios pobres.

No es racional contribuir conscientemente á la *circulación de la muerte en las faenas del hombre libre*.

El «maquinismo» hoy y más en lo futuro cambiando el modo de ser de la producción, de una parte «evitando» el esfuerzo muscular del hombre-máquina y en este respecto su salud, ha podido mejorar en las minas, en muchos talleres y aun á domicilio; pero también auméntase así la oferta de productos manufacturados, y la vida del obrero pesa menos en la balanza comercial porque la Economía sanitaria aun no es el preliminar obligado de la So-

ciología, ni para los pueblos ni para los gobiernos.

La salud obrera más parece un postulado técnico que una necesidad civil.

El «profesionalismo» concreto á la intoxicación del artesano y el artista apenas figura en primer término entre los problemas sociales, que por urgencia de vitalidad colectiva deben plantearse para resolverlos sin demora.

Por grande que sea la acción tutelar del Estado moderno reformador para «prohibir y reglamentar» la manufactura «envenenante del que la ejecuta», más eficaz por lo directa será la «emancipación» de las colectividades populares bastándose á sí mismas y apelando á la fuerza de la razón antes que á la violencia de la fuerza para «defenderse» como se defiende la persona social mayor de edad y dueña de sus actividades contra los enemigos de la civilización.

«Atentar químicamente» contra la salud pública del obrero no es aún «delito internacional» porque el Estado, por ejemplo, monopoliza la fabricación de cerillas fosfóricas venenosas, pudiendo ser inocuas con fósforo amorfo ó cualquiera otra substancia análoga que substituya tan temible agente.

La «consciencia» general de las clases «inte-

lectuales» no se mueve sino de tarde en tarde y superficialmente ante las enfermedades «evitables» que el veneno de industria produce, porque todavía el jornalero como «instrumento» de trabajo útil es más una «cosa objetiva» que una «persona social» y porque la «amoralización» ó negación de la ética antes ha atacado á los poderosos que á los desvalidos.

Mientras las clases directoras sufran una «anestesia» en gran parte progresiva, «tolerando» la intoxicación colectiva por producciones manufacturadas y «dejando de exterminar» los fraudes por falsificación nociva de substancias necesarias para nutrirnos, debe reputarse de infantil y frustráneo cuanto se proponga y ensaye contra el envenenamiento del cuerpo social por egoísmo y mala fe de los menos en número contra los más, de los explotadores contra sus víctimas.

Cuando y donde no hay justicia ni equidad sociales las «causas» radican en los organismos todos que pudiendo evitarlas las consienten, tan contra razón como puede serlo el empeño de vivir sin aprender á bien estar en el medio universal que nos corresponde.

Es evidentísimo que la sociedad ignorante, por serlo, se empeña en favorecer la «circula-

ción de la muerte», cuyo vehículo es el veneno manufacturado, el mefitismo por suciedad, el virus contagioso, la falsificación de productos, dando pruebas de insensatez consciente, puesto que ni las muchedumbres ni las academias dan pruebas suficientes de estimar el «valor de la salud» ante y sobre todas las cosas humanas, cuando se trata de economía social «una é indescomponible» para la Biología.

Por las palabras se deduce la «mentalidad» de los grupos sociales al través de los siglos, y en el presente «aun» se distingue entre envenenador y falsificador de substancias nutritivas; la enfermedad profesional todavía no tiene nombre como atentado al derecho de vivir; la temibilidad de los venenos á duras penas la conocen los intelectuales; los ataques á la seguridad pública por medio de drogas y específicos crecen á porfía; en suma, cuando se emplea el título de toxicólogo en Higiene social no todos los facultativos pueden condensar la trascendencia de sus funciones administrativas más urgentes.

Iniciadas la Etiología y la Terapéutica de la intoxicación, *sólo se vislumbra la Profilaxia.*

EL HECHO ANTISOCIAL COMO CAMBIO INHUMANO.

Analizando la individualidad y la colectividad en cuanto influyen activa y pasivamente para lograr la salud y acrecer la seguridad personal contra los venenos de industria y comercio, es forzoso ocuparse del ciudadano «víctima» y del grupo social «responsable» del presente estado de derecho contra-sanitario, anti-natural é inhumano.

«Los mineros y los operarios de las industrias envenenantes ó peligrosas desafían el terrible ejemplo de sus compañeros, muertos ó heridos de enfermedades incurables» (1).

En Repúblicas y Monarquías los representantes de la mentalidad nacional previsor y tutelar no pasan de la «defensa social» contenida en los «accidentes» del trabajo por lesiones, ancianidad y referente á condiciones personales de edad y sexo, bajo el punto de vista del laboreo nocturno, de las horas diarias y semanales hábiles en cada ocupación. También legislan sobre huelgas, cajas de ahorro, cooperativas de producción y de consumo... pero ahora en Francia el partido socialista plantea el gran problema de la prohibición

(1) E. FERRI. *Sociol. Crimin.*, C. II., IV. p. 389, Roma 1900.

del Carbonato de Plomo para la pintura decorativa, etc., ya que puede substituirse por el *blanco de Zinc*, el de albayalde, y ahorrar enfermedad y muerte de centenares de fabricantes y pintores que respiran y tocan el veneno.

Millerand, ministro de Comercio y Brouardel, profesor de Toxicología y Medicina legal, secundados por los higienistas de academias, cuerpos consultivos y minoría socialista de las Cámaras, han comenzado la Profilaxia de Estado, apoyándose en un plebiscito, ó poco menos que *referendum oficial*, de centenares de municipios, que no tolerarán el *saturnismo* profesional en la clase de pintores.

Con esto se restringirá algún tanto la demanda, indirectamente y á plazo remoto, pero la Industria seguirá siendo *licita* y la cerusa materia *tributable*, y la reglamentación una fórmula práctica de justicia histórica á pesar de la Ciencia y del sentido popular unidos armónicamente y revelados por método numérico de Demografía estadística.

En la región parisién anualmente mueren 150 obreros envenenados por esa preparación plúmbica, 1,500 — 1,600 enloquecen ó están «irremediablemente enfermos» y *pagan tan escandaloso tributo* por causa única de ese veneno blanco, que puede ser substituido, pues el

óxido de zinc sirve tan bien como él y es inocuo (inocente, no tóxico), según afirmaba hace 120 años el célebre químico Guyton-Morveau, y probaba tras siete años de ensayos el pintor humilde, higienista filántropo y economista Juan Leclaire en 1843, cuya estatua del *square des épinettes* honra París, recordando al que se asoció al obrero para los beneficios del patrón y le protegió contra el tósigo saturnino.

El legislador italiano en el Art. 8.º sólo da derecho á indemnizar «dos casos de muerte ó lesiones personales, *provenienti da infortunio che avvenga per causa violenta in occasione del lavoro*» (1) excluyendo todo lo profesional.

En España no podemos aun citar más que una imitación incompleta de algunos reglamentos extranjeros del trabajo y conatos de reforma sociológica, cuyo alcance se podrá medir en su día sin pesimismos (2), ni logomaquias al uso.

Cuando los españoles vuelvan á ser, como en otros siglos, más originales que eruditos, podrán adquirir fama de sociólogos consumados en Biología económico-sanitaria, pues para reformar instituciones, leyes y costumbres es

(1) A. Angiolini, *Detitti Colposi, stud. sociol. giurid. C. IV. p. 151. Torino 1901.*

(2) Decretos de los ministros Dato y Canalejas.

absolutamente indispensable el valor cívico que la verdad austera anima y vivifica de palabra y de obra, en el libro, la conferencia y la prensa diaria.

La Profilaxia de la intoxicación concretando la «morbosidad especial de las profesiones» puede decirse que como problema se está planteando ahora mismo en Biología social.

«La opinión que ellas deben ser consideradas á los efectos de la indemnización como infortunio, en homenaje á principios, que para nuestra egoísta sociedad empiezan á abrirse camino, es aceptada por valiosos escritores» (1).

«No entiendo por daños sólo los rápidos y violentos, como la muerte ó la lesión personal, sino también los lentos, ocultos y no tan advertidos, pero no menos funestos, es decir, las enfermedades que desgastan la existencia de los infelices, necesarios á una industria mal-sana é insalubre» (2).

«Reconocer al industrial, por fuera del infortunio violento, el *jus utendi, abutendi et fruendi*, es el más monstruoso de los privilegios que la ley haya consagrado» (3).

(1) Angiolini, l. c.

(2) De Borghet. *Les Malad. prof. Congr. inter. d. acc. d. travail*, III. sés. V. I. p. 876, 1894.

(3) Mongin. *Du risque profess. d. les malad. et acc. d. trav. Lyon*, 1893.

Suponiendo que el siglo xx puede llamarse la aurora del *humanismo práctico*, son tres las entidades — individuo, clase, sociedad — que pueden realizar la obra de *Defensa* sanitaria en cuanto á la *Proflaxia* concierne, y á la prevención de las *intoxicaciones profesionales*, sean éstas directas ó indirectas, y químicos ó físicos los agentes homicidas.

Si la Sociedad—Estado—garantiza sólo en parte los accidentes del trabajo y se detiene ante el «señorío despótico» de industrias envenenantes, es porque ni el individuo goza de la plenitud del derecho de defensa, ni la clase obrera tiene ilustración bastante para imponer las conquistas de la Ciencia, en este orden preciso de la *protección mutua* y *del cooperatismo sanitario*.

Mezcla de indiferencia, ignorancia y egoismo generales resulta el estado de opinión, que teniendo datos demográfico-estadísticos no los hace valer, sin aplazamientos ni subterfugios, de otro modo inexplicables.

En los parlamentos y congresos de nuestros días se patentiza y difunde la verdad sanitaria, como hechos de Patología é Higiene públicas; pero sin que la «propaganda» resulte predicar en desierto á duras penas alcanza superficialmente á la clase capitalista para ablandarla

y conducirla al «armonismo», que la seguridad colectiva ha menester para que las coaliciones sean menos violentas y los odios de clase se atenúen en bien de todos los ciudadanos. Aquí cabe el aforismo: no hay peor sordo que el que no quiere oír.

Observando la Historia del trabajo en Inglaterra, por lo que vale comparada con la de otras naciones adelantadas, se sabe por ejemplo, que en la Industria del algodón durante 90 años: ella en tres generaciones de la raza inglesa, ha devorado nueve generaciones de trabajadores algodoneros. (Ferrand, Cámara de los Comunes).

La Profilaxia de la intoxicación profesional, para que prospere, se ha de reducir estrictamente á su virtual categoría de «acto económico puro», entendiendo la sanidad tal cual es y empleando el tecnicismo de la escuela economista en Biología humana.

La salud del obrero es un *capital* que crea *valor* y forma *riqueza*.

La «sanidad» de los productores industriales manufactureros, ha de ser «absoluta», y la «primera» condición del trabajo peligroso, sobre todo del intoxicante para el operario y quienes después de él lo utilicen.

La producción antisaneitaria no puede ser

«económica», sea cual fuere su «utilidad» para el trabajador y para el total civilismo, si ha de acortar directa ó indirectamente la «vida» del jornalero.

La Economía sanitaria se consagra ya á los bienes no exclusivamente materiales, puesto que la «salud del obrero» es un *producto* mixto, un «caudal» objetivo y subjetivo de energía creadora y un «factor» natural de «utilidades efectivadas en el hombre mismo».

La Profilaxia económica para la Ciencia social no reduce su acción al orden de los bienes materiales. Cuando el obrero se intoxica profesionalmente no hay «trueque ó permuta» de cosas materiales nada más, porque el productor es persona social, con «valor propio en el cambio de servicios por cosas».

Dar la salud y la vida á «cambio de algo material homicida», habrá sido hasta ahora un comercio ganancioso para «una sola» de las dos partes contratantes, pero no puede seguir siendo lícito ni legal, porque ninguna de las tres formas generales del cambio le comprende: no es directo, indirecto, ni de futuro. En la intoxicación profesional no hay permuta, ni compra-venta, ni crédito: por más que el operario «trueca» su salud por un salario jornalero, el capital «da dinero» por un producto

material y la sociedad concierta, el Estado «se compromete» á satisfacer una parte del «valor» sin entregar antes «la otra parte».

Indemnizar por accidentes fortuitos, violentos, fundar el seguro para ancianos, inválidos, huérfanos, — víctimas del trabajo lícito — es algo creado humanitariamente cuando nada existía; un oasis en el desierto, pero es Tera-
péutica no Profilaxia; va el auxilio tras el daño, no delante, lo corrige no lo evita, ni disminuye la causalidad morbígena.

Con las causas de la intoxicación profesional la Ciencia no transige ni siquiera en principio; las anatematiza por fuero de razón; impone el destruirlas proscribiendo su existencia: porque debiendo «desaparecer» no pueden «continuar» como: materia productiva, acto económico, empresa provechosa, aunque produzcan riqueza, pues ha de lograrse ésta enfermando y muriendo los operarios, trabajen á jornal ó á destajo.

Tan «indiferente» en lo jurídico y económico ha sido hasta ahora la «vida» del obrero, que no se ha limitado la jornada de éste en relación estricta con la toxicidad é insalubridad de las respectivas tareas, ni éstas se han dividido en insoportables y soportables, suponiendo que la justicia ha de reinar un día entre los hom-

bres haciéndoles equitativos, por mera sensibilidad mental, ante la dura ley del trabajo.

Remunerar al trabajador «á tanto por pieza ó unidad de obra» si el esfuerzo mental ó muscular exigido se realiza sin absorber veneno, ni otra substancia física ó mecánicamente nociva, puede ser objeto de contrato bilateral lícito y conveniente, pero nunca debe *consentirse* que los venenos tengan mercado como los alimentos, vestidos, etc. por no contribuir á nuestro bienestar ni directa ni indirectamente. Jamás ha de permitirse que por exceso de esfuerzo la enfermedad se anticipe, y el morir así no sea lo mismo que el «suicidio con ayuda ajena».

Si á *jornal* la intoxicación es «inevitable» á *destajo* se convierte en «acelerada», y quien *pudiendo prohibirla* no lo hace es cómplice, encubridor ó coautor de un delito de homicidio cualificado, porque es *previsto* y debe ser *impedido* cueste lo que cueste.

La «producción industrial intoxicante» destruyendo la naturaleza humana es sencillamente «monstruosa é intolerable», aun pretendiendo separar el hecho *homicida voluntario* del asesinato y el suicidio, en el contrato de explotación de substancias «suprimibles» por no ser de primera necesidad las más y muchas de puro lujo.

Las industrias que matan intoxicando al operario, ni siquiera están comprendidas en la Economía general, porque *la sociedad no puede permitir á ningún precio, ese cambio inhumano de vidas por cosas.*

Para intoxicarse trabajando no caben reglamentos oficiosos ni leyes fiscales, sino prohibiciones absolutas é inmutables, de «extinción directa del industrialismo» incompatible con la existencia del obrero sano, robusto y longevo.



LA EVITACIÓN GARANTIZADA COMO VALOR DE CIVICULTURA.

Tan en sus comienzos está la civilización á base genuinamente científica, que hablar de *Economía sanitaria* es una novedad chocante, y pensar en la *socialidad antitóxica* parece un atrevimiento inusitado.

Tiene su filosofía especial la *defensa* de la vida como *normalidad* del individuo y de la *estirpe* en total, y como *evitación* de enfermedad y muerte *artificiales*, cuando expresamente las causas tóxicas pueden «dejar de ser» con sólo el esfuerzo colectivo bien dirigido.

Comienza el siglo xx y el *valor* de la vida humana y el *precio* de la salud general son «postulados», más que de actualidad de un porvenir remoto y discutible. Conocemos el enemigo y no lo combatimos.

Ansiamos vivir sin enfermar y no aprendemos á creer en el éxito de la defensa sanitaria, obra del propio y autónomo esfuerzo, sin el cual la cooperación mutua es ilusoria y baldía, un verbalismo de locos razonadores con pretensiones de cordura, que ni civiliza ni conserva.

A las guerras de emperadores y magnates han sucedido las de los financieros y capitalistas. Los pueblos han cambiado de amos pero no de sufrimientos.

La Sociedad á duras penas empieza á «internacionalizarse» porque nacionalmente están muy atrasados casi todos los pueblos en materia de Higiología, y así subordinan lo mental á lo material del vivir, en cuanto la industria, el comercio, la agricultura privan objetivamente á modo de fuentes del bienestar, que mantienen el hambre y la sed de riquezas cotizables cada 24 horas.

A tal punto ha llegado la decadente racionalidad en los ricos y los burgueses, que sabiendo y pudiendo higienizar la *habitación* (casa

y urbe), el *trabajo* (jornada según tarea), la *mente* (criterio y conducta), no estudian empleando energías viriles, ni reaccionan con continuidad de esfuerzo útil para lograr «sanidad y progreso» por medios de razón y procedimientos metódicos y de conjunto.

Mientras los estadistas desconozcan la Antropología, y las masas asalariadas ignoren la Economía sanitaria, las reformas serán muy lentas y parciales, á saltos violentos, unidos á incendios y matanzas, puesto que el orden público se procura desde lo alto, por sistema erróneo, cohibiendo y castigando en vez de emplear medios lógicos de *justicia equitativa y simplificada*.

La Ingeniería y la arquitectura pueden higienizar viviendas y ciudades, talleres y fábricas: pero el «interés» del capital y la «voracidad» del fisco se oponen cada hora más á la filantropía en el municipio, la provincia y el Estado. En consecuencia al luchar por la «sanidad» hemos de contender antes por el «derecho á vivir» en tanto que seres racionales y no rebaños parleros, que van donde los llevan quienes no han de ser pastores de pueblos porque no pasan de parásitos insaciables.

La Anatomía y la Fisiología fijan sin duda alguna los límites de la «acción obrera» diaria

y anua, con sujeción á edad y sexo; pero la grande industria contra la pequeña, y la propiedad separable aun del trabajo no permiten concertar los elementos de producción entre sí y con los demás.

Por esto hay odios de clase irreductibles y brutalidades sangrientas en la *grève* y el *out lock* (paro de operarios y capitalistas) que son no flujo y reflujo oceánicos, sino extremos exagerados, sin base de racionalidad civilizadora.

La Toxicología prueba el origen de los mayores daños objetivándolos en su causalidad, evolución y estragos contrasociales; pero la fiebre de gozar con los bienes materiales, poseídos á prisa y como fuere su adquisición, influye erróneamente en la opinión sensata, hasta el punto de parecer exageradas las «reivindicaciones» elementales de la sanidad en los desheredados.

Son obvias las «resistencias» de la rutina egoísta, que considera al obrero «separable» del capital en la producción de los artefactos peligrosos y sobre todo tóxicos de necesidad.

Por esto hay «vacilación y controversia» cuando se trata de tener salud civilizándonos por virtud del trabajo; y se pretende oponer el individualismo al colectivismo, suponiendo el

ciudadano y el Estado antagónicos, á modo de perro y gato famélicos en el festín del presupuesto nacional de gastos é ingresos legalizados *ad usum annualem*.

Por esto no hay lucha á «ultranza» contra los «falsificadores» de comestibles, los «fabricantes» de bebidas «mortíferas» y los «empresarios» de productos venenosos: tres calamidades distintas y un solo enemigo formidable de la *salud social* «efectivada» en cuanto es un «patrimonio» de todos los ciudadanos que no consiente mayorazgos, hipotecas, vinculaciones, ni contratos á pesar de ser «cosa material» hereditaria y riqueza de absoluta «necesidad» en todo el universo.

Por esto la «legislación sanitaria» empieza ahora á concretarse dentro de las academias y asambleas de antropólogos y estadistas lógicamente obligados y decididos á «renovar» las bases de la histórica tradición en Derecho, Economía y Moral, pues así lo exige la Ciencia de la vida humana con imperativo de necesidad natural, no atendida hasta hoy á pesar del esfuerzo realizado por la Filosofía, ha dos mil años, para desembrutecer el humano linaje.

Por esto empieza el nuevo crepúsculo y alboréa el gran día de las conquistas pacíficas

sin cuento que la Ciencia natural realiza, no con ímpetu de huracán asolador, sino con fecundidad de lluvia sosegada. De ahí las prohibiciones sin despotismo, las cortapisas sin tiranía, los condicionalismos sin abusos; en síntesis la «verdad imponiéndose por su propia fuerza» de cerebro á cerebro ó sea el intelectualismo providencia entre todos los hombres de sana voluntad.

No hay radicalismo sectario, ni exageración cerebral, en exigir la prohibición de industrias venenosas que nunca tuvieron razón de ser en Toxicología como las del arsénico, el cianhídrico, los colores homicidas y otras análogas en peligro, sin las cuales podemos vivir ya que son innecesarias.

La guerra ya declarada á los «fraudes» de intoxicación, en el comercio de mala fe, al por mayor y detallista, no depende del espíritu de clase ó del singularismo de profesión. Los biólogos no van á contender con jurisconsultos y moralistas, ni aspiran á cargos políticos al puntualizar las causas y los efectos del enfermar á traición.

Los productores y los intermediarios «ducran impunemente» falsificando comestibles y bebidas, con ventaja á los que fabrican moneda falsa ó billetes de banco, cupones, etc., y mien-

tras se castiguen los delitos la justicia ha de ser equitativa.

El último siglo puede llamarse de «construcciones nuevas levantadas sobre ruinas arqueológicas», y con más motivo el presente, puesto que el impulso «renovador» crece totalizándose, y alcanza á todas las esferas de la vida social.

La inmensa obra comenzada por el análisis de los críticos alemanes, ingleses, franceses, etcétera, de dos siglos acá, se continúa y perfecciona por los biosociólogos contemporáneos, que quieren la «realidad» sobre todas las cosas y aman cuanto la «verdad» avalora después de ser probada por experimento concluyente.

Hay bastante motivo de defensa sanitaria para que todo esté en cuarentena de observación y expurgo, desde lo supremo á lo ínfimo de los ideales y las legislaciones, á juzgar por los «problemas» que la sanidad de la mente, robusta en el cuerpo vigoroso impone á los pensadores, tratadistas, profesores, dramaturgos, periodistas en la diaria faena de saber lo que «somos» y á cuanto podemos «aspirar» como átomos ó moléculas sociales en conflicto con nuestros semejantes.

La Religión precedió á la Filosofía; la Ciencia

natural ha precedido á la Sociología en el transcurso de la civilización gradual de oriente á occidente, *ergo* el progreso existe.

En el tiempo histórico la autoridad indiscutible de los áulicos lo resolvía todo. Dogma y justicia eran sinónimos inseparables. En la vida pública y privada sólo cabía al ciudadano ó la sumisión absoluta á lo estatuido ó la rebeldía pecaminosa y criminal. No había más dilema sociológico antes de la Reforma y la Revolución en la vida de los pueblos no selváticos, al ocuparse de salud y enfermedad como estados objetivos sin misterio posible.

Hoy el hecho precede á la autoridad en la Ciencia de la vida, y el trabajador «creando» con sus inventos y descubrimientos sobresale, imponiéndose como maestro de discípulos suyos, sin cátedra, ni títulos intermediarios entre el hecho y la aplicación de éste á la existencia social.

Por grandes que sean las presentes novedades objetivas ó de las «cosas» sociales, lo son mucho más las innovaciones subjetivas ó de la «mente» civilizadora. Y es que para «inventar ó descubrir» algo ignorado, el hombre puede trabajar sin someterse á sus convivientes, pero para «conservarse progresando», el mutualismo cooperativo de solidaria previsión es

«absolutamente fatal», como *acto de precaver que evita el curar* los males obra del medio artificial, no de la Naturaleza á la vez madre y medio de todos los seres vivos.

La Higiología, Ciencia de la salud, tiene por sujeto: personas y cosas, los organismos en sus medios, el individuo en la estirpe, el hombre y los seres sub-humanos, y por objeto «diferenciarnos» vitalmente de éstos, nuestros predecesores, observando, experimentando y prefiriendo la salud á la enfermedad por un acto racional super orgánico.

Ya habéis averiguado por estas sencillas Conferencias de Toxicología popular cómo la *evitación* de los venenos vale y puede grandemente, comparada con la *asistencia* de las víctimas de ellos.

En realidad la obra del toxicólogo resulta más de ataque que de defensa, sin implicar agresividad de ningún género su generoso esfuerzo y sus múltiples energías, al proponerse realizar el bien por el bien mismo.

Si el higienista-toxicólogo parece un guerrero es porque al batallar por la verdad biológico-social, sufre los ataques de la *turba multa* (ignorantes, malvados, obscurantistas, etc.), que á modo del perro del hortelano ni trabajan ni dejan trabajar.

Pugnar por el triunfo de la verdad honra, pero no enriquece.

Si la suciedad, el fraude y la industria dañina forman la trilogía mayor de nuestro enfermar «artificialmente», quien se proponga luchar con tales gigantes coaligados no puede hacerlo aislado, sino indisolublemente unido á sus compañeros de profesión y consocios científicos.

No se declara guerra á la guerra por espíritu sectario de oposición apasionada y caprichosa, sino por imperativo categórico de razón, que obliga á todos á preferir la cordura á la insensatez en la ardua empresa de morir naturalmente de viejos y no por violencias evitables y «consentidas», desde que se conocen las causas tóxicas y no las destruimos, como se mata al animal rabioso para que no dure la rabia propagándose.

Cierto que hay Filosofía muy concreta y bien práctica en los estudios toxicológicos, de hoy y del porvenir, desde que la Ciencia no depende del número mayor ó menor de monarcas en Europa y de aristócratas, demócratas, ácratas militantes en todo el planeta.

Los problemas elementales del civilismo, tanto más absolutos cuanto menos abstractos, todos son naturalmente biológicos.

Para poder vivir en sociedad, hay que aprender á no morir ni enfermar artificialmente por causas evitables y no evitadas.

Mientras profesamos que el tiempo es «moneda» y la riqueza da «poder internacional», no nos prevenimos como debiéramos de día y de noche y dejamos de «garantirnos» contra la suciedad, el fraude y la industria intoxicantes.

Por mera insensatez tenemos en poco á las generaciones pasadas observándolas salvajes, bárbaras y brutales cuando las disculpa la ignorancia, causa y fuerza mayor de su crueldad y sus matanzas intercívicas.

Valdremos algo más que nuestros antecesores cuando apliquemos la sabiduría á fines propios de la vida, ante todos los de la Higiología, teniendo por fundamentales las bases de la edificación social, que enseñen á no morir violentamente por causas evitables y de artificio.

La ignorancia vieja y el descuido nuevo, el egoísmo perpetuo y la locura heredada, hacen que todavía parezcan perdurables los manjares, las bebidas, las atmósferas tóxicas del tiempo pasado, con otras causas más atroces aun, todas modernas, — las industriales y falsificadoras — que podemos evitar y consenti-

mos, sin advertir que tolerar un mal es fomentarlo.

En esto somos víctimas y verdugos, sin saberlo remediar.

No logramos tener salud porque desde niños se nos instruye y educa con mecanicismos de cuadrícula y metrónomo, con formularios útiles para repetir sin reformar lo ya sabido, y con esto los más vamos convirtiéndonos en autómatas «regimentables» por un exceso de emotividad parlera, reentrante en sí misma. Así muy pocos pueden hacerse superiores á la corriente vertiginosa del hábito y de la costumbre, de la tradición hereditaria, del inmovilismo que atrofia cerebros. Por esto siempre la originalidad pareció rebeldía en quienes quieren pensar respetando á los guías intelectuales, pero siendo más amigos de la verdad que de Platón.

Tiene su Filosofía la Sanidad. Imposibilitan los venenos nuestra robustez y la larga vida ó macrobiótica de los grupos en vías de civilizarse. Los que no quieren enfermar como bestias por suciedad, fraude ó industria mortíferos se asocian para la «común defensa» y dan con ello prueba de ser hombres, que aprenden á vivir por solo derecho de razón, en plena libertad de inteligencia y por sentimiento de ingénita cordura.

La Ciencia es innovadora sin cesar; sus creaciones son naturalmente ilimitadas. Ayer la vida social parecía cerrada, reentrante en sí misma, como el círculo y la circunferencia; hoy por el contrario se manifiesta abierta é indefinida como la curva parabólica, sin término conocido. No es extraño que haya dos grandes corrientes de opinión pública, la de la «retroacción» y la del «reformismo», pero resulta inverosímil que para conservarnos «exaltemos» los ideales de la «emotividad» y pongamos empeño en adelantar racionalmente «sometiendo» la inteligencia al dinero, la sabiduría á la fuerza de las armas, la salud al lujo, lo necesario á lo inútil, con tanta ruina y tales estragos generales que ya es difícil separar la imbecilidad de la cordura y muy peligroso sanear la industria y el comercio en cuanto importa á la Higiene de la intoxicación.

Al tiempo futuro podrá llamársele el de los *peritajes técnicos* en la audiencia, la aduana, el mercado, la vía pública, la escuela, la mina, la fábrica, el taller... etc. Los principados de la iglesia, la milicia y la sangre perderán gradualmente su poder ante la aristocracia profesional del microscopio, el reactivo químico, la balanza, el teodolito, la brújula, el electrómetro,... etc.

Nunca lo frustráneo sobrevive á las necesidades reales.

Las minorías, llámense reformistas ó revolucionarias, conviértense en mayorías mientras la *verdad las guía*, porque esta en lo social es como el sol para el planeta: manantial de fuerzas vivas, engendrador del movimiento y medio de todos los seres, desde el mineral al hombre.

En sociedad se distinguen los cuerdos de los enajenados y los imbéciles de los sabios por su criterio progresivo y su conducta austera.

Evidentemente «podemos» civilizarnos sin enfermar por causas artificiales y «no ponemos» la Sanidad ante y sobre todo: disminuyendo las atmósferas infectas, castigando las falsificaciones de alimentos, prohibiendo las bebidas asesinas, y acabando con las industrias envenenadoras.

Sí; como niños inexpertos y viejos incorregibles á la vez, alardeamos de liberales y de tradicionalistas ante la intoxicación evitable y consentida.

No puede durar ya mucho esta monstruosidad irracional.

A vosotros, estudiantes, médicos y obreros asalariados, *todos trabajadores intelectuales*, que con vuestra presencia habéis hecho posibles

mis lecciones, os corresponde: *la defensa de la sanidad por Economía humana universal.*

Al despedirme cariñosamente de vosotros, no soy más que uno de tantos contribuyentes á *la grande obra libertadora del hombre por el hombre, con la Ciencia perfectible, con la paz dignificado incesantemente.*

He concluido.

Barcelona 1.º de Mayo de 1902.